

## La historia de "Las Ibáñez" (1)

Escribe: PEDRO PABLO PAREDES

Henos aquí, pues, ante un libro extraordinariamente hermoso, primero, por su empaque tipográfico: es verdadera obra de arte; es obra, por consiguiente, para coleccionistas. Hermoso, luego, por el estilo y la ponderación con que ha sido desarrollado. Hermoso, en fin, por lo que tiene de historia. Y lo que tiene de historia es la historia de una de las familias más ilustres de la Independencia. Hablamos de "Las Ibáñez" (Fondo Cultural Cafetero, Talleres Gráficos de la Litografía Arco, Bogotá, 1981). Su autor es don Jaime Duarte French.

¿Cómo fluye el agua de esta historia que, a fuerza de maravillosa, parece fantástica? La cosa comenzó en Cartagena de España. Fue allí donde Antonio Miguel Ibáñez de Aguirre resolvió, un día de estos, casarse con doña Ana María del Río y Vargas. El hecho no tuvo nada de notable. Solo que este matrimonio procreó un hijo y este hijo se llamó Antonio Miguel Ibáñez de Aguirre del Río.

¿Y? Don Antonio Miguel Ibáñez de Aguirre del Río, otro día de estos, resolvió dejar atrás a Cartagena de España y venirnos a Cartagena de Indias. Ya en esta ciudad, resolvió otra cosa. Resolvió casarse. Lo hizo, sin pensarlo dos veces, con doña María Nicolasa Vidal. Este segundo matrimonio, como el primero, no tuvo mayor trascendencia. Salvo que dio vida a un hijo que se llamó Antonio Miguel Ramón Cipriano de las Mercedes Ibáñez Vidal.

Aquí, a estas alturas, es donde la historia comienza a tomar, propiamente tal, cuerpo. Ocurrió que don Antonio Miguel Ramón Cipriano de las Mercedes Ibáñez Vidal, cartagenero, se nos vino acá. Se nos estableció en Ocaña. Y allí, en esa ciudad que es una especie de santuario de la patria, contrajo matrimonio con una

bella mujer: doña Manuela Jacoba Arias Rodríguez. Este tercer matrimonio es el que ya empieza a destacársenos. Y la primerísima causa por la que se nos destaca es la de su prolificidad. El matrimonio Ibáñez Arias tuvo, como quien no quiera la cosa, once (11) hijos, a saber:

**Don Pedro Alcántara Ibáñez**, que fue Intendente y Comisario de Bolívar por muchos años y que fue, también, Gobernador de la Provincia de Ocaña en 1849.

**Don Miguel Ibáñez**, que fue Constituyente de la Villa del Rosario en 1821 y, como quien dice nada, yerno de don Jorge Tadeo Lozano.

**Don Manuel Ibáñez**, que alcanzó en la Independencia el grado de Coronel; que peleó en Carabobo al lado del Libertador; que fue su edecán, además; y que murió en Lima en 1849.

**Don Antonio Ibáñez**, que fue Teniente Coronel y acompañó al Libertador en la Campaña Admirable y en el Paso de los Andes.

**Don Vicente Ibáñez**, nacido en Ocaña en 1801, y que fue cuñado del General Domingo Caicedo.

**Doña Nicolasa Ibáñez**, que se casó en Ocaña con don Antonio José Caro, y que fue la madre de José Eusebio Caro y la abuela de Miguel Antonio Caro. Y que, sobre todo esto, fue amiga entrañable del Libertador y amiga incondicional del General Francisco de Paula Santander.

Doña Carmen Ibáñez.

Doña María Josefa Ibáñez.

Doña Isabel Ibáñez.

Doña Manuela Ibáñez.

**Doña Bernardina Ibáñez**, que fue la mujer más bella de su tiempo; que coronó al Libertador a su entrada en Bogotá después de Boyacá; que, con Nicolasa, hizo de su casa la casa de los próceres de la Independencia; que inspiró las más disímiles admiraciones; que rechazó como caso verdaderamente insólito hasta donde se ha podido saber, los reiterados requiebros de Simón Bolívar; que causó sensación por su belleza y su inteligencia en París y en Chile; y que terminó casándose con don Florentino González.

Como se ve, de estos once hijos de don Antonio Miguel Ramón Cipriano de las Mercedes Ibáñez Vidal y doña Manuela Jacoba Arias Rodríguez, casi todos los cinco varones fueron próceres de la gran faena de la Independencia; todos tuvieron figuración social, también, de primer orden; todos contribuyeron a configurar la República. De las seis hembras, en cambio, solamente dos tuvieron prestancia de primerísimas damas; aureola de verdaderas reinas de belleza; prestigio indiscutible de heroínas de la época. Fueron ellas doña Nicolasa Ibáñez y su hermana doña Bernardina Ibáñez. En el caso de esta ilustre familia colombiana, los notables no fueron tanto los Ibáñez, para llamarlos de algún modo; sino que las notables —notables, desde luego, en grado superlativo —fueron las Ibáñez. Es decir: Nicolasa y Bernardina.

La primera de ellas, Nicolasa, fue casi tan bella como Bernardina. Fue, además, tanto como Bernardina, extraordinariamente inteligente. Pocas veces la belleza y la inteligencia han andado así de juntas. Por esto, la casa de las Ibáñez, en Ocaña, ya por 1813, fue la casa de Bolívar y la casa de Santander. Por esto mismo, la casa de las Ibáñez, ya residenciadas en Bogotá, fue la casa de los Padres de la Patria, encabezados, claro está, por el Presidente y el Vicepresidente. Doña Nicolasa tuvo, desde temprana edad, vocación para la vida social y para la experiencia política. Las supo combinar a perfección. Y las supo combinar a perfección porque, antes que todo, fue mujer liberada como decimos hoy. Fue, pues, autora intelectual y material de una porción de sucesos. Debido a esto, murió en el destierro. Pero, en una u otra medida, contribuyó decisivamente a la conformación de la vida republicana.

**Bernardina** ha pasado a la historia con iguales méritos. Los de su prodigiosa belleza física. Los de su no menos prodigiosa belleza espiritual. Fue cortejada, en vano, por el Libertador. Fue cortejada, igualmente, por Santander. Fue cortejada por Ambrosio Plaza. Los tres próceres, sin quererlo, forjaron su leyenda. Especialmente, Bolívar. No podemos, hoy, pensar en la bella ocañera sin recordar a Bolívar; ni recordar a éste sin tenerla presente a ella. Jamás la belleza y la proceridad se habían rozado, en forma tan peligrosa, sólo tangencialmente. Bernardina fue, por último, la esposa de uno de los primeros grandes líderes de la República: el doctor Florentino González.

Este esquema, rapidísimo y todo, les dará a ustedes idea de cuanto fueron las Ibáñez. Dos mujeres egregias, tanto en su vida privada, no muy recatada que digamos, cuanto en su vida pública, en todos los instantes de primera importancia. En la casa de Nicolasa, que, como ya dijimos, fue la casa de los próceres de la Independencia, se fraguaron, con las tensiones del caso, los partidos que enrumbaron la república. Por la casa que tuvo Bernardina en Bogotá, en París, en Chile, etc., flotó siempre una atmósfera épica. La adhesión del Libertador, que nunca logró ser correspondida, relievó, en todas las circunstancias, los pasos de la bella. Bernardina fue uno de los tres amores —los tres amores esenciales— del Padre de la Patria. La leyenda los mantiene, así, perfectamente juntos. Y así nos los entrega, de modo magistral, este extraordinariamente hermoso libro que es “**Las Ibáñez**”.

La lectura de “**Las Ibáñez**”, se nos hace, de puro, succulenta, inagotable. Ella nos destaca, de manera especial, la primera —la mayor— de las seis hijas del matrimonio de don Antonio Miguel Ramón Cipriano de las Mercedes Ibáñez Vidal y doña Manuela Jacoba Arias Rodríguez. Esta primera hija es la que llevó el nombre de **Nicolasa Ibáñez**.

Llama la atención, en la vida de doña Nicolasa Ibáñez, una porción de cosas. El ambiente hogareño en que se formó. Un ambiente distinguido y culto. Una casa de posibles. Y toda la familia partidaria decidida, apasionada, de la independencia. Por consiguiente, partidaria decidida también de Simón Bolívar. Los Ibáñez fueron todos bolivarianos. Cuando el prócer recaló en Ocaña, en 1813, el recibimiento corrió a cuenta de ellos casi exclusivamente. Bolívar debió sentirse satisfecho de veras de verse entre tan gratos amigos. Y, sobre todo, entre tan bellas mujeres. Bellas e inteligentes. Nicolasa, desde luego, antes y primero que todas sus hermanas. La amistad de la bella mujer y el prócer nació, pues, en aquel año. Duró, como ya veremos, toda la vida.

A pesar del fervor independentista, sin embargo, a pesar también del fervor bolivariano, doña Nicolasa Ibáñez, montó amores y planes matrimoniales con don Antonio José Caro. Este Caro, que era funcionario de muy segunda categoría burocrática entonces, fue conocido siempre como partidario cabal del régimen español. Nunca lo negó. Jamás lo dejó poner en duda. Debido a ello, y a las circunstancias que se desataron con la Campaña del Mag-

dalena, pasó por varias dificultades. Estuvo detenido en Mompox, bajo graves acusaciones. La detención, por indefinida, tuvo en el aire el matrimonio con nuestra heroína Nicolasa. Esta, que sabía bien dónde la apretaba el zapato, no vaciló un instante. Acudió a su ilustre amigo Bolívar. Bolívar, así, liberó personalmente a Caro y personalmente lo puso en manos de su bellísima novia. Nos encontramos con un matrimonio, pues, que comienza con un punto problemático. La esposa es independentista y no lo niega ni lo oculta. El marido es realista y tampoco lo niega ni lo oculta. Doña Nicolasa y don Antonio José forman la clásica pareja dispareja. El matrimonio cojeó de lo lindo todo el tiempo.

Doña Nicolasa Ibáñez de Caro, por otra parte, apasiona a cuantos se ponen en contacto con ella por otros motivos. Uno, saltaba a la vista. Su magnífica belleza física, que deslumbró a Bolívar y a Santander ya desde 1813. Otro, su muy despierta inteligencia, sustentada en una indudable cultura personal. Con estos tres factores, la belleza, la inteligencia, la cultura, fue con los que pudo, toda la vida, ocupar el primer plano, ya instalada en Bogotá. Lo ocupó porque doña Nicolasa era dama que no se paraba en barras. Con su don de gentes se impuso en la sociedad; con su instinto político se mezcló en todos los asuntos públicos; con su belleza apabulló a todos los magistrados; con su desparpajo de mujer liberada entró en todos los sitios. Siempre amiga excepcional del Libertador. Siempre amiga incondicional de Santander. (Don Antonio José Caro, muy en segundo plano y en la penumbra, no es que la dejara, complaciente, hacer. Era que no podía impedirselo. Menos mal que José Eusebio, el hijo ilustre del matrimonio, consoló siempre las soledades de don Antonio José).

Algo más. Doña Nicolasa Ibáñez, como ya dijimos, fue fervorosísima bolivariana. Fue también fervorosísima santanderista. Los dos grandes afectos nacieron en Ocaña. En Bogotá entraron en variación. La casa de la bella fue la casa de los Padres de la Patria. Y la historia avanzaba. Rematando la Independencia, el Libertador estaba más tiempo lejos que cerca de Bogotá. Santander, por Vicepresidente, más cerca que lejos. El Libertador, para ser precisos, pasaba por la casa de doña Nicolasa Ibáñez; el Vicepresidente, en cambio, era el contertulio de todos los días. Era natural, así, que aquella casa, a medida que se desbolivarianizaba, se santanderizara. Doña Nicolasa, tuvo en las

manos, ya en 1828, los hilos de los partidos nacientes y, lo que es más grave, los hilos de la llamada Conspiración de Septiembre. El resultado de ésta lo conocemos.

Lo más admirable, tal vez, de doña Nicolasa Ibáñez son estas dos perlas. Por obra y gracia de su belleza, y en su propia casa que ambos frecuentaban tanto, se quebró la amistad de los dos grandes hombres: Bolívar y Santander. Este derrotó a aquél en el corazón de la bella. Sin remisión posible. Definitivamente. Bolívar debió resignarse a esa derrota, él que en campo tan delicado era un verdadero maestro, quién sabe con cuánta amargura. Doña Nicolasa, sin embargo, siguió siendo su grande amiga. Por serlo, precisamente, fue quien logró salvar a Santander. A intervención personal de doña Nicolasa invocando el afecto de tantísimos años, se debió el que el Presidente le conmutara al Vicepresidente la pena capital por destierro. Extraordinario, ¿no es cierto?

Entre las Ibáñez, en fin, ¿quién le echa pie adelante a la sin par doña Nicolasa? Doña Nica, como la llamaba Santander en sus numerosas cartas de desterrado en París, dejó boquiabierto a todo el mundo. Lo mismo a los grandes, como el propio Libertador, que a los pequeños, como el propio marido Caro. La belleza y la inteligencia de doña Nicolasa Ibáñez alumbran por entero, con eficacia desconcertante, los primeros pasos de la República. No la podemos olvidar, frente al Libertador. No la podemos olvidar, frente a Santander, ni cuando fue el Vicepresidente, ni cuando fue el desterrado, ni cuando fue, ya en propiedad indiscutible, el Presidente. La belleza y la habilidad de la bella son sobrecogedoras.

Leemos, releemos, tornamos a leer, cada vez con mayor fervor, "**Las Ibáñez**", de Jaime Duarte French. Nuestra conclusión es definitiva. Estamos ante doble, extraordinaria biografía. La biografía, interesante en grado superlativo, de Nicolasa Ibáñez, la primera de las dos ilustres hermanas ocañeras. La biografía, mucho más interesante en tantos aspectos, mucho más apasionante también, mucho más poética en última instancia, de Bernardina Ibáñez.

Simón Bolívar hizo en 1813 la memorable Campaña del Magdalena. Llegó a Ocaña, pues, precedido ya de inmenso prestigio. Se había transformado, de la noche a la mañana como quien dice, en el árbitro de la guerra de la Independencia. La

familia de las Ibáñez era, de vieja data, partidaria decidida de la libertad. Es comprensible, así, el entusiasmo con que se dio a preparar el recibimiento del prócer. Ese recibimiento fue apoteósico. En Ocaña fue donde el Padre de la Patria se vio, por primera vez, coronado de laurel. La corona se la ciñó, con toda su gentileza característica, Nicolasa. Pero los ojos de Bernardina, que todavía era casi una niña, le traspasaron el corazón al héroe. Bernardina, por su parte, jamás pudo olvidar ese acontecimiento, que, más que patrio, fue familiar para ella. Bolívar y Bernardina, podemos decirlo, quedaron espiritualmente identificados desde ese instante. Desde el año de 1813.

La época del Terror obró, un poco más tarde, para que la familia Ibáñez se trasladara a Bogotá. Allí se estableció en efecto. Las dos hermanas, en la plenitud de la belleza y en la plenitud de la gentileza, centraron, capitalizaron, monopolizaron la vida social de la ciudad. La casa de las Ibáñez fue la casa de los hombres más representativos del momento; la casa de los próceres; la casa de los Padres de la Patria. Allí se habló, por igual, de la guerra, de la política, de las letras, del amor. La menor de las dos hermanas, Bernardina, había resultado, según el testimonio de sus amigos y biógrafos, de “prodigiosa belleza” y de “impresionante inteligencia”. En ella se clavaban todos los ojos. Fue entonces cuando se produjo la otra campaña bolivariana. La Campaña de los Andes. Bolívar pasó, dejando atrás los llanos, la empinadísima cordillera: ya del otro lado, obtuvo la victoria de Boyacá; limpió de españoles enemigos la Nueva Granada; se preparó para entrar en Bogotá. Corre el año 1819. Hace seis años justos que pasó por Ocaña. ¿Se acordará, en sus ratos de soledad, de los ojos maravillosos de Bernardina? ¿Recordará la bella ocañera, con toda fidelidad, su imagen de guerrero?

Bogotá no podía sustraerse a la euforia colectiva de la independencia nacional. La batalla de Boyacá había asegurado, por fin, esa independencia para siempre. ¿Cómo recibir dignamente al prócer que había realizado tamaña empresa? En la casa de las Ibáñez se estudió, se analizó, se discutió el problema. En la casa de las Ibáñez se le halló solución, claro está. La recepción del héroe sería grandiosa. Todo el pueblo concurriría al acto. Habría discursos. Una corona de laurel le ceñiría, por segunda vez ya, las sienas. Todos, sin una sola discrepancia, eligieron la bella que habría de coronarlo. Esta bella se llama Bernardina

Ibáñez. Es la segunda vez que sus ojos, ahora más hondos que nunca, se encuentran con los de Bolívar.

A estas alturas de la historia, a estas alturas también de la vida de Bernardina Ibáñez —corre el 1822— tres hombres, a cual más imponentes, se disputan el corazón de la bella. Uno es, como ya está visto, el Libertador; otro es Francisco de Paula Santander; otro es Ambrosio Plaza. ¿Por cuál de ellos se decidirá Bernardina? ¿Por Santander que todas las tardes visitaba su casa? ¿Por Plaza, con quien parece que quiso casarse, pero quien no logró el permiso requerido ni por parte de Santander ni por parte de Bolívar, sus dos inmediatos superiores? ¿Por el Libertador, que, en tales menesteres como los del amor, parecía incontrastable?

Bernardina Ibáñez, tan bella por fuera como por dentro, fue, toda la vida de él, el segundo de los tres fundamentales del Padre de la Patria. Bolívar debió escribirle mucho. Desde todos los sitios a donde lo llevaba su faena épica y política. La bella debió, tal vez, corresponderle. La única carta que ha sobrevivido al terrible naufragio del tiempo es de él. La carta es breve, incisiva, concisa. Sugiere mucho, pero muchísimo más de lo que dice. Por lo que sugiere, colegimos que el drama de los dos próceres, él y ella, ella y él, debió ser de particular intensidad. **“Tú eres sola en el mundo para mí”**, le dice Bolívar en la famosa carta. **“Por tí espero tener aún dicha y placer, le agrega, porque en tí está lo que yo anhelo”**. **“Después de estas y otras muchas cosas que no te digo por modestia y discreción no pienses que no te amo”**. Y ya para terminar, el prócer se queja: **“Escríbeme mucho, ya estoy cansado de hacerlo yo, y tú, ingrata, no me escribes”**.

La carta no puede ser más expresiva. Los apartes que hemos destacado son suficientemente elocuentes. Demuestran que el amor que resumen fue verdadero. Y que los dos próceres se cartearon, con probabilidad, mucho. Llama la atención que en esta carta Bolívar llame “melindrosa” a Bernardina y que no le firme sino como “Tu enamorado”. Todo esto acontecía el año de 1822, según el documento.

Los años pasan, pues. La Independencia se consolida. A la faena militar sucede la faena política, mucho más difícil. El Libertador se aproxima a su propio desenlace en San Pedro Ale-

jandrino. La Gran Colombia se desarticula. Por un lado queda el Ecuador; por otro, Nueva Granada; por otro Venezuela. La bellísima Bernardina Ibáñez ilumina con su belleza y con su gracia, ambas de suprema categoría, todos estos sucesos. Entre ellos, poco a poco, se va diluyendo. Como esposa del doctor Florentino González va a París y va a Lima y va a Chile. En París, con ser París, en Lima con ser Lima, en Santiago con ser Santiago, su belleza resulta siempre extraordinaria. Todo lo pone a girar a su alrededor. Pero la bella ocañera, ligada al Libertador por tantos motivos, se apaga dentro de su propia leyenda. Desaparece de la vida en perfecto silencio. Y queda en la historia, corona de laurel en mano siempre para las sienas egregias de él, como uno de los amores —de los tres principales que fueron— más caros, más puros, más poéticos, más fulgurantes, del Libertador.